

—Es que yo preveo que llegará un día en que Fanny sienta su desgracia —respondió la joven.—No sé cuándo juzgará á su padre; pero sé que ya empieza á juzgar á Ardea... Estoy segura. Obsérvela usted en este momento... Se lo suplico.

Miró, en efecto, Dorsenne á los novios. Fanny escuchaba hablar al Príncipe; pero con un sello de sufrimiento en su hermoso rostro, de unas líneas tan puras como la nobleza era en el ideal. El reía con la risa de un hablador en disposición de contar una anécdota que juzga muy espiritual y que hiere la delicadeza de la persona á quien se dirige, sin sospecharlo ó sin cuidarse de ello. No era ya aquella la pareja que en los primeros días de sus relaciones dió á Julián el sentimiento de una ilusión completa en la joven por su futuro esposo.

—Tiene usted razón, Condesita —dijo,—la des-cristalización comienza. Es bien pronto.

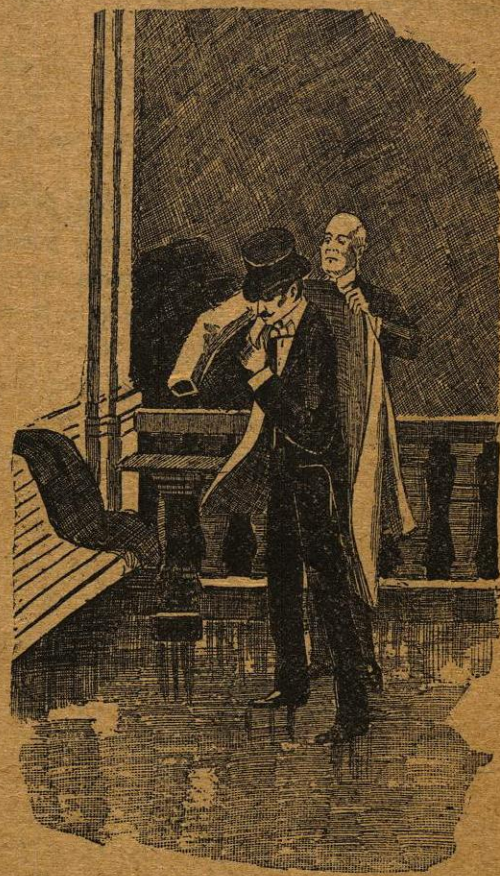
—Sí, es bien pronto —respondió Alba,—y, sin embargo, es demasiado tarde. ¿Creerá usted que hay momentos en los que me pregunto si no será mi deber decirla toda la verdad de su matrimonio, tal como la sé, con la historia del testafarro, de la venta forzada y del comercio que hace Ardea?

—Usted no hará eso —dijo Dorsenne.—Y, además, ¿por qué? Sería otro el hombre que se casaría con su dinero... Los millones se pagan. Pero voy á hacer que la regañe su madre, pues la acaparo á usted... y tengo aún que hacer dos visitas esta noche.

—Pues bien, déjelas usted para otra ocasión —dijo Alba, en quien la seriedad trágica de un momento

antes cedió repentinamente el sitio al enfado. Se lo pido á usted... no se marche.

—Es preciso —respondió Julián.—Es el último



miércoles de la vieja Duquesa de Pietrapertosa, y después de las recientes gentilezas de su nieto...

—¡Es tan fea!—dijo Alba.—No me sacrificaré usted á ella...

—Además, tengo una compatriota que se va mañana, y de la que debo despedirme esta noche: la señora de Sauve, con quien me he encontrado en el Museo del Capitolio... No dirá usted que ésta es fea.

—Cierto—dijo Alba, que se había puesto pensativa,—¡es muy bonita!...

Tuvo en los labios una nueva súplica que no formuló. Después dijo:

—Vuelva usted al menos. Prométame usted que volverá después de sus dos visitas. En hora y media puede usted concluir. No será más que media noche, y ya sabe usted que la gente no se va de aquí antes de la una, y á veces á las dos... ¿Volverá usted?

—Si es posible, sí... Pero en todo caso hasta mañana, en el estudio, para ver el retrato.

—Entonces adiós,—dijo la joven con ahogada voz.



IV. COMUN MISERIA

Alba Steno había pronunciado este adiós con un acento tan particular, que también Dorsenne se encontraba conmovido mientras bajaba la escalera, cinco minutos más tarde. Se decía: "Cuidado, Julián. Ella estaba verdaderamente linda esta noche, con sus hombros un poco delgados en su corpiño blanco, con su tez pálida, su boca roja y sus ojos claros. ¡Demasiado bonita y conmovedora! Algunas conversaciones más de este género, y estaríamos cerca de "la tontería."—Esta era su manera poco reverente para designar el matrimonio.—"Y esto no, no. Recordemos la divisa de la sortija." Y oprimió contra su boca el zafiro de un ancho anillo que llevaba en el dedo índice. Había hecho grabar en él las cinco letras. M. H. U. D. P. No eran estas amorosas iniciales, como los celos de Alba hubieran seguramente supuesto, si la pobre niña hubiese podido examinar aquel extraño